

¡LA CARRERA DEL CRÍMEN!

Drama en seis cuadros y en prosa, arreglado del francés por los señores D. Laureano Sanchez Garay *y* D. Vicente de Lalama, *para representarse en Madrid en el teatro del Drama. el año de* 1862.

PERSONAJES.

En todos los cuadros	JULIO ROVIRA, 25 años.	
	FRANCISCO, *dependiente de comercio*, *id.*	
	CÁRLOS.	*amigos de Julio*, *id.*
	FERNANDO.	
	MIGUEL, *llamado el sermoneador*, 40 *id.*	
En el 4.º	LORENZO.	*Ladrones*, 30 *á* 40 *años.*
	ANDRÉS.	
En todos.	DOÑA SIMONA, *madre*, *de* 50 *años.*	
	LUISA, 18 *id.*	
En el 2.º	ELVIRA.	*Invitadas al baile*, 24 *á* 30 *id.*
	ADELA.	
	CAROLINA.	
En el 6.º	FERMIN.	*Criados.*
	JOSÉ.	
2.º 3.º 5.º y 6.º	Un amo de casa ó mayordomo.	
	Un agente ó inspector de policía.	
	Municipales, pueblo, etc., acompañamiento.	
	Banqueros, jugadores, etc., y criados.	

La escena es en nuestros dias.

CUADRO PRIMERO.

LA SEDUCCION.

El teatro representa un elegante comedor.

ESCENA PRIMERA.

JULIO, FERNANDO, CÁRLOS *y varios amigos.*

(Al alzarse el telon, Julio y sus amigos están sentados alrededor de una mesa, servida con profusion, cantan y beben.)

JULIO. Otra copa de Champan, para ponernos en vóz. (*Bebe y presenta de nuevo su copa para que se la llenen.*) Otra más para que el licor nos inspire la locura y alegría.

CÁR. Quién habrá más dichoso que Rovira? Verse á los veinticuatro años dueño de una inmensa fortuna!

JULIO. Como que mi padre era uno de los primeros millonarios de la córte!

FER. Y qué magnífica vida se está dando desde hace seis meses!

CAR. Cuán de repente conoció los efectos de la *vita-bona*!

FER. Tambien fué repentina la muerte de tu padre; no es cierto?

JULIO. Decidme, queridos mios, no podriamos hablar de cosas más alegres? Ea, bebamos, y léjos de nosotros reflexiones tristes.

CÁR. Dices bien; hablemos de nuestros adorados tormentos.

JULIO. Sí, eso es más divertido: oh! y cuán amables están con nosotros, siempre que las regalamos trajes ó diamantes! La mia, sobre todo, se pasa de cariñosa y amable!

FER. Quién, Elvira? Esa viuda de un agente de Bolsa, que nunca fué casada? (*Se rien.*) Dime, sigue siendo tu sultana favorita?

JULIO. No, querido; hace más de ocho dias que descendió de mi gracia; tanto es así, que estoy pensando en reemplazar á la que la sustituyó.

CÁR. Hé aquí cómo yo comprendo los amores... de ocho en ocho dias, á lo más!

FER. Podrémos saber quién es ahora la predilecta?

JULIO. No por cierto.

CÁR. Hola! Es alguna educanda?

JULIO. Casi, casi! Sólo cuenta diez y siete años; es linda como un ángel, y discreta cual ninguna.

FER. Bravo! A ver si logra encadenarte.

CÁR. Dónde has encontrado ese tesoro?

JULIO. En el Conservatorio; asistí á los últimos exámenes, con objeto de pasar el tiempo, como me sucede casi siempre; cuando hiere mis oidos una voz celestial, la cual me saca de la vaga indiferencia en que me encontraba; aquella voz habia penetrado en mi corazon. Dirijo mis lentes, y distingo la niña más encantadora que os podeis imaginar! En fin, para terminar; por la primera vez de mi vida, me senti embelesado, y lleno de admiracion me puse á aplaudirla cual si hubiese estado pagado para ello; de tal modo, amigos mios, que di lugar á que todo el auditorio fijase en mí sus miradas. Al terminar el concurso logré verla, y estrechar su linda mano. Iba á pedirla una cita, cuando una especie de arpía, ó por mejor decir, una dueña, se presenta de repente, se cuelga de su brazo sin decir oste ni moste, y destruye de un golpe el extásis en que aquella criatura me habia sumido.

CÁR. Cuánto tiempo hace que sucedió eso?

JULIO. Hará unos quince dias; pero esta mañana me ha atormentado de tal modo el recuerdo de la niña, que sin

perder tiempo, he encargado á mi agente que averigue su paradero, y creo no le será difícil, pues es hombre que lleva el alza y baja de cuantas notabilidades existen en Madrid.

CÁR. Segun veo, no pretendes desistir de tu empresa?

JULIO. Ya lo creo! No se cautiva en balde el corazon de un hombre como yo!

FER. Vamos, ya tenemos en lucha otra virtud más.

CÁR. Dejemos eso, y bebamos.

JULIO. Señores, aguardo esta mañana á un ente sumamente original; una especie de bufon, que ha concebido la manía de sermonear y aconsejar á cuantos tiene la desgracia de encontrar delante de sí; excuso deciros, que así que os vea, no le faltarán motivos para dirigiros sendas amonestaciones; tendré el gusto de dejaros á solas con él, para ver si lograis estirar su arrugada y recelosa frente; pues seria obra de misericordia, si conseguiais que asomase la sonrisa á sus labios.

CÁR. Me parece que ya conozco á ese individuo; no se llama Miguel?

JULIO. El mismo; pero casi todos los jóvenes le conocen por el hombre de mal genio, ó el de los sermones.

CÁR. En todas partes se le encuentra; parece un espía, ó un agente secreto del gobierno.

JULIO. Tal le creia; pero me han asegurado que no es ese su destino.

CÁR. Por qué te tratas con semejante hombre?

JULIO. Tenia depositados sus fondos en la caja de mi padre, á un interés legal, lo cual he ignorado siempre; cuando ayer me escribió una esquela, previniéndome que hoy por la mañana vendria sin falta alguna á sacarlos; lo cual me agrada bien poco, pues si he de hablaros con franqueza, me causa no sé qué pavor la mirada y el acento de ese hombre.

FER. Hoy dices? Descuida, nosotros nos encargamos de hacerle reir en cuanto venga.

CÁR. Por qué no le diriges á tu cajero Francisco? Ambos á dos tienen poco que echarse en cara, y se entenderian perfectamente.

JULIO. La tristeza de Francisco tiene un motivo justificado; cuando se desciende, como él, de un... Permitid que no lo diga, pues es un secreto que me confió mi padre al morir, con el objeto de que me interesase por su suerte. Cumpliré los deseos de mi padre, el cual le ha legado una memoria de mil doblones; pero en cuanto le haga entrega de esa suma, le diré que se maneje con ella como pueda, á fin de no tener delante de mí su aspecto taciturno y sombrío.

CÁR. Mil doblones á un dependiente! Qué manía tenia tu padre de repartir doblones á diestro y siniestro! No podia emplearlo en otra cosa mejor, por ejemplo, en la banca?

FER. O en nuestras bailarinas, donde no faltan damas sensibles ante los bustos de nuestros reyes, ó los del vecino imperio.

CÁR. Ahí tienes á José, que desea hablarte.

JULIO. ¿Qué quieres?

ESCENA II.

DICHOS, JOSÉ *y despues* MIGUEL.

JOSÉ. Señorito, en el despacho aguarda un sujeto que dice llamarse Miguel, que desea hablar con usted.

CÁR. El hombre taciturno! Me alegro.

JULIO. Díle que entre. (*A sus amigos.*) Ea, mantenerse firmes con él; y si comienza con sus sermones, cuento con vosotros para hacerle callar.

ESCENA III.

DICHOS *y* MIGUEL.

MIG. Bravo! Siempre la misma ocupacion; la ociosidad!... por ahí se empieza el camino de perdicion!

JULIO. Y por el mismo se piensa acabar: dónde hay cosa más dulce que la ociosidad?

MIG. Ella es la madre de todos los vicios.

CÁR. Ese es un proverbio demasiado antiguo, para no ser conocido de todo el mundo.

MIG. Sí, de puro sabido, yace olvidado!

JULIO. Un taburete á D. Miguel, siéntese usted en medio de nosotros, para que pueda filosofar más á sus anchas. (*Llama.*) Traete otra copa! Sus sentencias de usted, rociadas con Jerez ó Manzanilla, nos serán más gratas.

MIG. Doy á usted gracias, señor de Rovira; tengo que hacer, y no puedo detenerme mucho tiempo.

CÁR. Al menos, amigo mio, no nos negará el vaciar esta copa de Champan á nuestra futura conversion.

MIG. Jamás bebo vino.

FER. Mal gusto teneis, (*Bebe.*) pues el agua se hizo para los patos.

MIG. No ignora á lo que vengo, sírvase usted mandarme despachar cuanto antes.

CÁR. Cómo tan pronto? Julio nos habia lisonjeado con la esperanza de tenerle algun tiempo en nuestra compañía.

MIG. Comprendo! Querian divertirse á mi costa! Sepan ustedes que no es mi oficio el distraer á nadie.

JULIO. Usted interpreta mal nuestras intenciones.

FER. Ciertamente. Por mi parte habia oido decir, no sé dónde, que era usted digno discípulo de Abatér; que no tenia más que mirar el rostro de una persona, para presagiar sus costumbres, y para leer en su corazon; y como aquí estamos reunidos unos cuantos incrédulos, deseariamos poner vuestra ciencia á prueba.

MIG. Bien, señores; puesto que ustedes lo desean, voy á satisfacerles.

CÁR. Tenia razon nuestro amigo Rovira, cuando nos decia, que era usted un hombre especial! Quedarémos obligados y reconocidos á sus favores, amable D. Miguel.

MIG. Me daré por satisfecho, si mis palabras pueden hacerles entrar en reflexion.

FER. Vaya, empiece usted, que le escuchamos con impaciencia.

MIG. Empezaré por usted, señor D. Fernando, cuya fisonomía es tan dulce, y su mirada tan brillante... El sonrosado súbito que á menudo colora sus mejillas, como en este instante, podria interpretarse por pudor, si no emanase del licor que tanto ama usted, y de la banca que con tanta bondad y tan á manos llenas favorece su fortuna. Pero viva usted alerta, porque los reyes á quienes lleva la contra con tanto éxito, pueden irritarse con usted, y una vez perdida su gracia, cuesta mucho reconquistarla.

FER. No comprendo el enigma.

MIG. Con el tiempo lo sabrá usted.

CÁR. Ahora me toca á mí, veamos si yo le comprendo.

MIG. Usted es uno de los más distinguidos elegantes de Madrid; siempre con la sonrisa en los labios, y las más corteses palabras para sus acreedores. Todos admiran su ingenio, cuando se discute sobre el corte de un chaleco ó la forma de un pantalon; por todas partes se encomian sus brillantes conquistas, y su gusto en el vestir... Esto no puede ocasionarle otro mal, que ir por efecto de sus muchos compromisos, á vivir en el Saladero unas cuantas temporadas, ó al Hospital, á causa de sus contínuos desarreglos, para no salir nunca de allí. Pero si por ventura alguna vez (*Bajo.*) le ocurriese falsificar la firma de al-

gun comerciante, seria muy prudente cambiase de domicilio, y se trasladase á un puerto de mar... verbi-gracia, á Alicante, desde donde, con toda comodidad, podria trasladarse á tierra segura, como por ejemplo, á Inglaterra ó los Estados-Unidos.

Cár. Señor mio! Tal acusacion...

Mig. (*Friamente, sacando de su cartera un papel, que enseña á Cárlos.*) Os espero el dia de su vencimiento.

Cár. Será usted pagado, y le juro que vive en un error.

Mig. Señores, mi ciencia está á la disposicion de ustedes; continuaré, si les agrada, y si alguna duda les queda, pueden preguntarme.

Fer. Por mi vida, que me place; y sino fuera por temor de abusar de su complacencia...

Mig. No tal; pues mi mejor deseo es, el de desviarles del camino que han emprendido. Miren ustedes, señores mios, que los placeres les ciegan, y que no saben á dónde irán á parar algun dia! Señor Rovira, á usted más que á nadie, me dirijo... Su padre de usted, que sabia lo que soy, no me negó, á pesar de todo, su aprecio, pues le constaba que soy un hombre honrado; así pues, creo manifestarle mi gratitud, repitiendo á su hijo, lo que él le habrá dicho, sin duda, más de una vez; la ociosidad es el primer escalon que conduce á la deshonra, y quizás más léjos... La sociedad que usted frecuenta, debe conducirle en breve al segundo escalon. Todavía es tiempo de volver atrás; pero hágalo pronto, porque una vez colocado en mitad del camino, es muy difícil retroceder.

Julio. Señores, propongo un brindis á la salud de D. Miguel, nuestro amigo y consejero particular.

Todos. (*Bebiendo.*) A su salud!

Mig. (*Á Julio.*) Dejo á ustedes, señores; sírvase dar las órdenes convenientes, para que mis fondos me sean devueltos.

Julio. Cómo! Ahora estoy ocupado; déjelo usted para mañana...

Mig. No por cierto; tiene que ser ahora mismo. Mi liquidacion está corriente, y todo es obra de cinco minutos.

Julio. Tales exigencias podrian herir mi delicadeza, si yo sospechase que se desconfía de mí.

Mig. Yo no concedo mi confianza, sino al hombre activo y laborioso; así pues, entrégueme usted mi dinero.

Julio. Eso es ya demasiado!... Pero no puedo olvidar que estoy en mi casa... José! (*Aparece un criado.*) Tráeme una cartera que está en ese gabinete, sobre mi escritorio. (*A Miguel.*) Creo, que una vez reintegrado...

Mig. No nos volverémos á ver? Ese es mi mayor deseo, y ruego á Dios que así suceda. (*Trae la cartera.*)

Julio. (*Dándosela.*) Tome usted, cuente y vea si está ahí cuanto le pertenece.

Mig. Mil gracias. (*Como rehusando contar.*)

Julio. No; cerciórese usted si está exacta la cuenta.

Mig. (*Examinándola.*) Con vuestro permiso...

Julio. Cuando guste puede enviarme el recibo.

Mig. (*Despues de contar, y guardando los billetes.*) Está corriente; aquí lo tiene usted.

Julio. (*Con sequedad.*) Estamos en paz, caballero.

Mig. Tengo el honor de saludarle, y le repito que deseo ardientemente, no nos volvamos á ver... pero temo que hemos de vernos con frecuencia. (*Va á salir.*)

Franc. (*Desde fuera.*) Te digo, José, que el amo me ha mandado venir.

Sim. (*Desde fuera.*) Yo no vengo á otra cosa, que á pagarle el alquiler del cuarto.

ESCENA IV.

Dichos, Francisco, Simona y Luisa.

Julio. Todavía más gente! Dispensadme, amigos mios, ya veis cuán pronto arreglo mis asuntos.

Mig. (*Dando un golpecito en la espalda de Francisco.*) Bien, Francisco, bien! Tengo noticias de tu laboriosidad y honradez; continúa como hasta aquí, y podrás presentarte con la cabeza erguida... Los crímenes son personales, y nunca recaen sino sobre el que los comete. (*Vase.*)

ESCENA V.

Dichos, *menos* Miguel.

Julio. (*Viendo á Luisa.*) Qué veo! Ella aquí!

Cár. Cuál ella?

Julio. Mi educanda del Conservatorio.

Fer. La de los aplausos! Ya caigo! Y es bonita á fe mia!

Luisa. (Este es el jóven que tanto me felicitó, y que no he podido borrar de mi memoria.)

Franc. Señor D. Julio, he venido, segun usted me encargó...

Julio. Está bien; soy contigo al instante.

Sim. Y yo, señor de Rovira, he aprovechado la ocasion, puesto que venia mi yerno á su casa de usted, para traerle...

Julio. Francisco es su yerno?

Sim. Pues, para traerle los dos meses vencidos de la tienda que ocupo en su casa, calle de los Estudios; pues si no le traen el dinero, es bien seguro que no manda á buscarle en un año; verdad es, que la calle de los Estudios, no es una calle tan principal, ni de tan buen tono, como la Carrera de San Gerónimo; pero tan honrados semos ó podemos ser unos como otros, y lo mismo pasa en la tienda el dinero de allí, que el de por aquí; y como no gustamos tener en nuestro poder las pesetas de naide, vengo á traérselas, dejando la prendería en poder de manos extrañas.

Julio. Ya sabe usted, doña Simona, que siempre la ha mirado mi familia con singular cariño; y que para ella lo mismo es, y tan honrada se encuentra visitando la calle de los Estudios, como la calle de la Montera, y más desde que me consta que está habitada la casa por tan amables inquilinos. (*Mirando á Luisa.*) Con qué decia usted que mi cajero Francisco es su yerno?

Sim. Haga usted cuenta que lo es, supuesto que desde aquí vamos á hacer los preparativos para la boda, y á comprar algunas menudencias que son necesarias; de esta manera, matamos dos pájaros, como suele decirse.

Julio. Por ventura esa jóven es?...

Sim. Mi hija, puede decirse, pues me la confió al morir una vecina de la tienda de al lado; no porque yo lo diga, pero la he criado con el mesmo aquel que si la hubiese parido. Luisa, saluda á estos caballeros, que nada tiene que ver el din con el don, y sobre todo, la cortesía no está reñida con nenguno.

Julio. (Qué no lo hubiese sabido antes!) (*Alto.*) Sí, creo haber tenido el gusto de ver á esta señorita antes de ahora, si mi memoria no me es infiel.

Sim. A donde?

Luisa. (*Con ligereza.*) En el Conservatorio, cuando los últimos exámenes. Oh! no he olvidado la amabilidad de este caballero, y lo obsequioso que estuvo conmigo toda la noche.

Sim. Bravamente te luciste aquel dia! Ya se ve, como mi Luisa tiene una fuerza de pulmones grande, la aplau-

dieron mucho en un do de pechos que pegó en el *Solitario* que cantó ella sola... Aunque me esté mal en decirlo, pocas hay que la aventajen en cuanto á coser una camisa y poner un puchero. Pero usted tendrá que hacer y nosotros estamos de prisa; tome usted su dinero, hágase cargo de él, y fírmeme el recibo; y tú. Paquito, despáchate; no olvides que la prendería está sola, y no tiene más que la vecina que la eche un ojo, pues aún cuando está enfrente, puede distraerse, y yo no me fio de naide. Están los tiempos tan malos! Hay tanto tomador del dos, que tiene una que estar con cien ojos, y así y todo se la pegan; la otra tarde me limpiaron un manojo de retales, y hace dos meses se llevaron del tendero de la calle de Toledo, un saco de garbanzos. (*A Francisco.*) No te olvides que hay que ir en casa del escribano D. Juan por aquellos papeles, y llevarlos á la Vicaría.

Julio. (*A sí mismo.*) No tengo tiempo que perder, y en sus ojos leo, que no me ha olvidado, y que consentirá, á no dudarlo, en cuanto se la proponga. Tiene deseos de figurar, y esos pensamientos se avienen mal con su actual estado de pobreza. Estoy decidido á todo. (*A sus amigos.*) Venid conmigo á esta habitacion; necesito de vuestro auxilio.

Cár. (*Bajo.*) Por la niña, hé?

Julio. (*Id.*) Sí.

Fer. (*Id.*) Estamos á tus órdenes.

Julio. (*A Simona.*) Voy á firmar el recibo. Y tú, Francisco, espérame aquí, que pronto vuelvo. (*Bajo á sus amigos.*) Prudencia y astucia, seguidme. (*Julio y sus amigos vánse por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

Francisco, Doña Simona *y* Luisa.

Franc. (*Como enfadado.*) Luisa, cómo no me has dicho que conocias á mi principal?

Sim. Vamos á tener pleito por eso?

Luisa. Se llama conocer á un sujeto, porque se le ve una vez en un salon donde tanta gente concurre? Además, que ya vió mamá, cuán poco caso hice de él, y de sus obsequios. (*Simona y Francisco hablan aparte.*) (Al contrario, su imágen ha quedado grabada en mi memoria y creo seria feliz á su lado... Mas cómo es tan rico!... Qué desgraciadas somos las que nacemos pobres y vegetamos en una bohardilla, al paso que aquí con tan ricos muebles y tanto lujo!... Qué felices han de ser estas gentes!...) (*Suspira.*)

Franc. Es que ya la tengo dicho, que no me gusta el Conservatorio, y si se casa...

Sim. Paco, si querrás exigir de la muchacha que ande con los ojos cerrados y sin mirar al que pasa por junto á ella? Y sobre todo, la gente no muerde.

Franc. Eso es, porque ustedes son buenas y no piensan mal de nadie; hay tanto zángano en este Madrid, que en viendo un buen cuerpo y un buen palmito, le asedian y tratan de conquistar por todos lados... Y luego, ese lujo y ese boato que se despliega en todas las clases, son tan tentadores, que en verdad, yo sentiria...

Sim. Déjate de simplezas; cada vez estoy más contenta de que Dios me haya hecho así. Mi ahijada no piensa en esos arrumacos, y más contenta está con su vestido de percal, que con uno de seda.

Franc. No lo dudo; pero usted no debió sacarla de la esfera en que la suerte la colocó.

Sim. Otra te pego? Y por qué? No somos todos de carne y hueso, é hijos de Adam y Eva?

Franc. Desde luego que sí; pero una jóven como Luisa, dotada de tan nobles sentimientos como los de usted, podia ser una excelente mujer de su casa... al paso que ahora no querrá...

Sim. El qué?

Franc. Descender á ciertas menudencias domésticas.

Sim. Pues qué, crees que porque toca el piano y hace gorgoritos, saluda y da brinquitos para andar, no sabe echar un remiendo, poner un estofado y lavar una camisa? (*Luisa hace un gesto de desagrado y se pone de mal humor.*)

Luisa. Siempre ha de estar usted lo mismo, Francisco; ó haciendo que me riñan, ó diciendo cosas desagradables! Si ha de ser lo mismo cuando nos casemos, entonces...

Franc. Ah! Luisa, perdóname; si tú supieras lo desgraciado que he sido desde que vine al mundo, no hallarias exagerado mi modo de pensar. Mi mayor dicha en este instante seria, el que me amaras como yo te amo; pero temo que no será así, y alguna otra desgracia...

Sim. Jesus, qué hombre! Siempre con ideas tristes!... Pareces un cimenterio!

Franc. Una sola palabra de su boca podria tranquilizarme.

Sim. Pues dile, aun cuando sean dos, y acabarémos de una vez!

Luisa. Si siempre es lo mismo! Si con él no se puede estar acorde media hora! Se lo tengo advertido; continuando de ese modo, acabaré por aborrecerle!

Franc. Luisa, te juro que me enmendaré.

Sim. Ea, háganse las paces, daos un abrazo (*se abrazan*). Siento que la educacion que he dado á mi hija te sirva de disgusto; pero en todos los estados y oficios se puede ser virtuoso y el mérito está en saber ser honrada donde hay mayor peligro. Oh! respondo de mi hija adoptiva como de mí misma! Además, ya sabe quién yo soy, para que se ande con andróminas; si cometiera el menor desliz la arrancaba los ojos antes de que ella viese cómo y cuándo..... Pero vive tranquilo, que serás tan feliz como lo fué mi difunto Ruperto, que en paz descanse... Pobre Ruperto mio! Te has ido á otra tierra, sin que naide tenga que hablar de la tia Simona! Pobre, pero honrada, eso sí! Vaya, estais en paz?

Franc. Por mí, sí.

Luisa. (*Viendo entrar á Julio.*) (Aquí se acerca! No sé lo que experimento al verle!... Si Francisco se apercibe de ello!...)

ESCENA VII.

Dichos, Julio *y* Cárlos, *que no hace más que cruzar.*

Julio. (*A Cárlos.*) Me has comprendido?

Cár. (*Dándole la mano y yéndose por el lado opuesto.*) Pierde cuidado!

Julio. Siento haberles hecho esperar; aquí tiene usted su recibo. (*A Simona.*) Ahora, Francisco, deseo hablarte en secreto. (*A ellas.*) Si ustedes gustan esperarle pueden pasar á esa otra habitacion. (*Señalando por donde se fué Cárlos.*)

Franc. No puedo tener secretos para ambas; la una va á ser mi madre y la otra mi esposa.

Julio. Cumplo con la voluntad de mi padre, respecto á tí.

Sim. Dice bien este caballero; te esperaremos, sino es cuestion larga.

Julio. Un cuarto de hora no más.

Sim. Pues vámonos, Luisa. A dónde ha dicho usted?

Julio. Por allí, por aquella pieza.

Luisa. (Esas miradas que me dirige, qué querrán decirme?)

ESCENA VIII.

JULIO *y* FRANCISCO.

FRANC. Ya estamos solos.

JULIO. Ya sabes, Francisco, el afecto que siempre te tuvo mi padre, y lo que te voy á decir no te debe extrañar.

FRANC. Hable usted.

JULIO. Al tiempo de morir me mandó llamar á toda prisa para comunicarme sus últimos deseos; se acordó de tus servicios y honradez, y hé aquí lo que me encargó te entregase. (*Le da una carta.*)

FRANC. (*Tomándola.*) A mí?

JULIO. Léela.

FRANC. (*Leyendo.*) Mi buen Francisco: con tu noble conducta has logrado borrar la mancha de tu nacimiento; yo he querido ayudarte á merecer la estimacion de tus semejantes, que sólo una preocupacion injusta podria negarte. El cielo no quiere que vea coronados mis deseos; así pues, quiero al menos hacer algo por tu porvenir. Mi hijo te entregará una cartera que contiene sesenta mil reales en billetes de Banco; sé muy bien que en tus manos se acrecentará esta suma. Quiera el cielo concederte la dicha que tu honradez y laboriosidad merecen! —Rovira.» (*Besando la carta.*) Sí, mi bienhechor, juro ante Dios, que procuraré hacerme digno de vuestra bondad y del aprecio público.

JULIO. Toma, mi buen Francisco, esto que te pertenece. (*Le da una cartera.*)

FRANC. Oh! Cómo podré probar á usted mi gratitud?

JULIO. Conduciéndote como hasta aquí. Sé siempre virtuoso y honrado... porque la virtud y la honra pueden asegurar tu dicha. (Si se negará la niña?)

FRANC. Jamás tendrá usted que avergonzarse ni arrepentirse por el bien que me haya hecho. Cuán feliz es usted por haber nacido con un nombre respetable! Eso sí que es fácil de conservar.

JULIO. (Nada se oye! Tendré que habérmelas con una insensata?)

FRANC. Me permitirá usted, señorito Julio, que vaya á buscar á Luisa y su madre?

JULIO. Como quieras. (Es preciso ser muy idiotas para no consentir...) (*Alto.*) Ah! Francisco, se me olvidaba decir que...

FRAN. Qué?

JULIO. Que no digas á nadie una palabra de lo que mi padre ha hecho por tí; tal fué su voluntad. Ahora concebirás por qué he querido que no hubiese testigos.

FRANC. Cuánta generosidad! (*En esto se oye un gran alboroto en la habitacion donde entraron Luisa y su madre; se oyen gritos de: á esos ladrones! á esos asesinos! á poco se oye el ruido de un carruaje;*) Gran Dios! qué es lo que pasa! (*Se precipita hácia la puerta, á pesar de la oposicion de Julio; doña Simona la abre precipitadamente y sale furiosa.*)

ESCENA IX.

DICHOS *y* DOÑA SIMONA.

SIM. Pillos! Ladrones! Asesinos!... Ah! no puedo más! (*Cae en una silla.*)

FRANC. Qué pasa?

SIM. Que se la llevan! Que roban á mi hija!

FRANC. A Luisa!

SIM. Canallas! Tres contra mí, y aún se reian!

FRANC. Qué significa esto, señor de Rovira?

JULIO. Tranquilízate, Francisco; y usted tambien, doña Simona; todo ello no pasará de una broma, que ustedes han tomado por lo sério.

SIM. Sí? Pues la broma les ha valido sendos arañazos y mordiscos; así es cómo yo tomo las bromas... pero no gastemos conversacion; que me devuelvan mi Luisa al punto, ó empiezo de nuevo.

FRANC. Este asunto á mí me concierne; Luisa va á ser mi esposa; y por lo tanto, señor de Rovira, tengo derecho para exigir, que venga usted conmigo inmediatamente.

JULIO. Lo decís con un tono, que...

FRANC. Y me modero demasiado... todo lo que puedo. No me obligue usted á que olvide, que es el hijo de mi bienhechor. Diga usted, dónde está Luisa? Cuál es su intento al robarla?

SIM. Sí, despáchese usted, ó me olvido del propietario y de todo el mundo! Le prevengo, que se me va subiendo la mostaza á las narices.

JULIO. Esto ya es demasiado! Salgan ustedes de mi casa ahora mismo, ó doy órden de que los hagan rodar por las escaleras.

FRANC. Miserable!

SIM. Que se acerque á mí el que se atreva! Verémos á ver quién es el guapo que se pone á distancia de mis uñas!

ESCENA X.

DICHOS, FERNANDO, CÁRLOS *y criados.*

FER. Señores, qué escándalo es este!

JULIO. (*A los criados.*) Echad de esta sala á esos dos, que vienen á escandalizar mi casa.

FRANC. Qué se acerquen á mí! O me volveis mi esposa, ó me dais satisfaccion de esta infamia.

JULIO. Satisfaccion yo, á un hombre de su ralea!

FRANC. (*Apretándole la mano.*) Me da usted una satisfaccion, ó sino...

JULIO. Señores, sean ustedes testigos, puesto que á ello se me obliga... Díganme, podré batirme con el hijo de un hombre que murió en un patíbulo?

FRANC. (*Lanzando un grito.*) Oh! Infame! Has descubierto un secreto que no te pertenecia!... Pues bien, el cielo me vengará. En cuanto á la donacion de tu padre, ahí la tienes... (*Le tira la cartera á los piés.*) Tales recompensas, obtenidas por tu mano, se convierten en infamia... Venga usted, madre, vamos á casa del Gobernador.

SIM. Sí, y si su excelencia no me hace justicia, me la tomaré por mi propia mano; y yo les juro, que no han de ir por la penitencia á Roma. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

JULIO, FERNANDO *y* CÁRLOS.

FER. La escena ha sido magnífica! Si dura un poco más, concluyo por enamorarme de la madre.

JULIO. Y la muchacha, accedió al fin?

CÁR. Al principio opuso un poco de resistencia; pero en cuanto la dije lo enamorado que estabas de ella, y que tu solo deseo era hacerla esposa tuya, comprándola ricos trajes y los más hermosos brillantes, se dejó conducir como una corderita, y aún nos instaba á que abandonásemos cuanto antes esta casa, por temor de que Francisco acudiese á los gritos que daba doña Simona.

JULIO. Y la habrán llevado...

CÁR. A la casa que tú nos indicaste.

JULIO. (*Dando con el pié á la cartera.*) Recogedla, José, y llevádsela á Francisco, pues le pertenece. Nosotros, amigos mios, terminemos tan alegre jornada, y veamos lo que nos dice la bella Luisa.

CÁR. Ten cuidado no te eche la zarpa doña Simona, y te

arranque los bigotes, por la tostada que la has jugado. (*Vanse riendo á carcajadas.*)

CUADRO SEGUNDO.

LA ORGIA.

El teatro representa un salon elegante: alumbrado y decorado para un baile. Al alzarse el telon se divisan varios bailando al fondo. Cesa el baile.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA, ADELA *y* CAROLINA.

ELV. Vaya, amigas mias, qué tarde venís! Contaba con que hubieseis llegado más temprano, á fin de tener tiempo para contaros varias cosas.

ADE. Pues nosotras te traemos muchas noticias.

ELV. Os escucho, hablad.

ADE. Sabe, pues, que Victorina, que marchó á Inglaterra con objeto de dar algunos conciertos, al pasar el estrecho para venir á España, con una buena pacotilla de libras esterlinas, ha sido sorprendida en la mar por unos cárabos marroquíes, y se dice que un príncipe moro, á quien fué presentada por los piratas, se ha enamorado ciegamente de ella, y se la ha llevado consigo.

CAR. Pues y Elisa, que deseaba morirse porque tenia más de cuarenta años! Pues bien, amiga mia, acaba de dar todos sus bienes á los pobres, y se ha hecho hermana de la Caridad.

ELV. Por fuerza que estuviese tocada de la cabeza!

ADE. Todo eso es nada para lo que cuentan por ahí.

CAR. Pues qué se dice?

ELV. Algun cuento?

ADE. Un cuento?

ELV. Sepamos al fin...

ADE. Pues bien, se dice que varias señoras de alta posicion, y casadas, van á dirigir una peticion á las Córtes, á fin de que se introduzca en el Código penal, un artículo que reprima en adelante, las infidelidades de los maridos.

CAR. Jesus y qué crédula eres! Con que das fe á todas esas paparruchas?

ADE. Paparruchas las llamas?

ELV. Podemos estar tranquilas sobre el particular; como son hombres los que han de hacer las leyes, no hay peligro que ataquen á los privilegios que ellos mismos han tenido cuidado de otorgarse.

ESCENA II.

DICHOS *y un* CRIADO.

ELV. Qué quieres?

CRIA. El señor de Rovira.

ELV. Decidle que entre.

ESCENA III.

DICHOS *y* JULIO.

JULIO. Señoras, tengo el honor de... Y usted, Carolina, qué dice? Dónde está la reina del baile?

ELV. En poder de mi doncella.

JULIO. Cómo es que no han ido estas señoras á la ópera? No les llamaba la atencion la nueva cantarina que debuta?

CAR. La conocemos hace mucho tiempo; es la hija de mi portera?

ADE. De veras?

JULIO. No digo que no. (Y que es muy linda! Casi, casi podia haberle ahorrado el disgusto á Francisco, si la hubiese conocido unos dias antes; pero ya no tiene remedio!)

ESCENA IV.

DICHOS *y* LUISA, *elegantemente vestida.*

ELV. (*Sale á su encuentro y la trae de la mano.*) Díganme ustedes, señoras, si habrá otra en el baile, que sea capaz de eclipsarla.

CAR. Desde luego que no. (Que atada se encuentra con tantos arrumacos!)

LUISA. (*Para sí.*) Ha madre mia, madre mia!

JULIO. Qué veo! Ha llorado usted, Luisa?

ELV. Enjúguese usted esos lindos ojos; mire usted que nada hay tan interesante en una linda criatura como usted.

JULIO. Vaya, míreme usted.

LUISA. No me atrevo...

ELV. Qué lindo traje!

CAR. Qué pendientes más preciosos!

ADE. Y qué tocado tan divino!

JULIO. Es usted, Luisa, la que da brillo y animacion á todo esto. Decid, Elvira, no vamos á divertirnos un rato? Por qué no sigue el baile?

ELV. Dice usted bien, Julio.

ESCENA V.

DICHOS, CÁRLOS, FERNANDO, MIGUEL *y convidados al baile.*

CÁR. (*Mirando á Luisa.*) Qué metamórfosis! Amigo Julio, eres hombre de gusto; te felicito.

FER. Todo está admirablemente dispuesto... estos salones respiran felicidad y...

MIG. (*Acercándose.*) Y muerte!

LUISA. Cielos!

JULIO. Qué tiene usted, Luisa?

LUISA. No sé; ha resonado en mi oido...

MIG. (*Dando en la espalda á Julio.*) No es nada, señor de Rovira; pequeñeces... manías de mi pobre imaginacion.

JULIO. Qué siempre he de tener la desgracia de encontrarle en todas partes!

MIG. Sí señor; en todas aquellas donde usted no debia penetrar.

JULIO. Veamos, pues, señor mio; creí que ya no teniamos necesidad de vernos para nada, puesto que nada le debo.

MIG. Usted nada me debe, es cierto; pero yo le debo á usted mucho.

JULIO. Si es así, me doy por satisfecho, con tal de no volverle á ver.

MIG. Sea como usted quiera; me retiro de aquí, felicitando á esta señorita (*á Luisa*), por el cambio tan feliz que se ha operado en ella.

LUISA. Caballero!

JULIO. No le haga usted caso.

MIG. (*Bajo á Luisa.*) Esta mañana han expuesto en el hospital de la Princesa, el cadáver de una jóven que empezó como usted; cuide de no acabar como ella... á puñaladas. (*Se pierde entre la multitud.*)

LUISA. Dios mio!

CÁR. Vamos, amigos mios, que estamos perdiendo un tiempo precioso.

FER. Dices bien; voy á bailar los lanceros con mi linda gaditana.

JULIO. (*A Elvira, señalando á Miguel.*) Cómo es que ese hombre se encuentra en su casa de usted?

ELV. No he podido menos de admitirle; me le ha presentado el inspector del distrito, que vive en la casa de al lado.

Julio. No se engañaban mis amigos cuando sospechaban de él; será algun agente de la policía secreta... (*Se sienta en un divan, junto á Elvira, que está pensativa. Continúa el baile; cuando está más animado lo interrumpe la presencia de doña Simona y Francisco que penetran á pesar de la oposicion de los criados.*)

ESCENA VI.

Dichos, Doña Simona *y* Francisco.

Sim. Cuando os digo que entraré, pese á quien pese!... No quieres á buenas? Pues toma! (*Da de cachetes á los criados, los cuales corren á ponerlo en conocimiento de Elvira.*)

Franc. Aquí me dijeron que la han visto entrar.

Luisa. (Mi madre! Qué va á ser de mi, cielo santo!)

Elv. Puedo saber lo que vienen ustedes á buscar en mi casa?

Sim. A mi hija; le parece á usted poco?

Franc. Allí está... mírela usted! Luisa! (*Llamándola.*)

Julio. (*A doña Simona.*) Escúcheme usted, y no tendrá por qué arrepentirse.

Sim. Quítese usted de mi vista, hombre villano, mal caballero, ó sino no respondo de mí. Cómo! Es esa mi hija? Quién te ha puesto hecha un brazo de mar?

Luisa. Madre mia, perdon!...

Sim. Vamos, quítate pronto todos esos arrumacos y pelendengues, y sígueme sin chistar! Mira que si no me obedeces, he de armar aquí la de Dios es Cristo!

Elv. (*Bajo á Julio.*) Esta mujer es una furia, y va á ser capaz de movernos un escándalo. (*Alto.*) Señora, tenga usted presente que esta es mi casa.

Sim. Ella mi hija, y yo su madre, y este el que va á ser su marido; quiere usted más?

Julio. (*Bajo á Luisa.*) Seré tuyo toda la vida.

Franc. Pero, Luisa!

Sim. No respondes? Te has quedado hecha una estáuta? Por última vez te digo: quieres quitarte esos arrumacos y seguirme? (*La coge el brazo con fuerza.*) Oyes lo que te mando?

Luisa. (*Quejándose.*) Por piedad, madre mía!

Franc. (*Interponiéndose.*) Por Dios, señora, no la haga usted mal.

Elv. Jamás consentiré que se maltrate á ninguno en mi casa. (*Interpouiéndose entre Luisa y Simona.*)

Sim. Quítese usted de ahí, ó la deshago de un puñetazo.

Franc. Luisa, permanecerá usted insensible á los ruegos de su madre y de su amante?

Luisa. (*Retirándose detrás de Julio.*) Tengo miedo! No sé lo que me pasa, ni qué debo hacer...

Elv. (*A Julio.*) Descuide usted; Luisa no saldrá de mi casa.

Sim. No me obedeces? Haces como que no me oyes? Bribona, te voy á estrangular! (*Todos y Francisco se interponen; Luisa, asustada, cae en un sillon.*) No me vengas con soponcios ni pantomimas!... Eres una desagradecida... una ingrata! Decia bien Francisco; no debia haberte criado con tanto fausto ni tanto mimo; pero ya no tiene remedio; en la culpa llevo la penitencia! Qué dices? Te faltan acaso las palabras? Te has quedado muda?... Está bien, haz lo que quieras... anda, recorre el camino de perdicion que has emprendido... (*Llorando.*) Jamás te acuerdes de la pobre vieja, que tanto se afanó por tí!... De la que pasaba las noches en vela por lavar tus camisas y vestidos para que fueses curiosa y te presentases con decencia en el Conservatorio!... Bien sabes que esta mujer, de quien ahora te avergüenzas, así como todas esas relamidas que te rodean, por mi falta de modales y mi tono brusco, siempre ha sido mujer honrada y ninguno en el barrio ha tenido que hablar de ella, pudiendo decir en todas partes quién soy y en dónde vivo. Quédate en paz, hija ingrata y desnaturalizada... ya nada tienes que ver conmigo!... Vámonos, Francisco, pues si me detengo un momento más, la deshago entre mis uñas.

Luisa. (*Queriendo lanzarse en seguimiento de Simona.*) Madre mia, madre mia!

Sim. Ya no soy tu madre, ni quiero serlo. Ten presente que morirás desgraciada.

Mig. (*Apareciendo con frialdad, que contrasta con el calor de la escena.*) Ese será su fin! (*Luisa da un grito y cae desmayada; todos la rodean, y Simona sale con Francisco.*)

CUADRO TERCERO.

EL JUEGO.

El teatro representa un gran salon que se comunica con otros varios; mesas de juego de banca, ruleta, etc. A la izquierda la puerta de entrada; al alzarse el telon el juego está muy animado.

ESCENA PRIMERA.

Julio, Cárlos, Fernando, Jugadores *y* varios Banqueros.

Banq. 1.° Jueguen ustedes, señores.

Jug. 1.° (*En la banca.*) Dos onzas al rey.

Jug. 2.° Veinte y cinco duros al siete.

Banq. (*De la ruleta.*) El juego está hecho.

Banq. 1.° Seis en puerta.

Julio. Suerte maldita!

Banq. (*De la ruleta.*) Diez y nueve encarnado, impar, y pasa.

Julio. Maldicion!

Cár. Animo; no siempre ha de ser lo mismo... imítame; ponlo todo á la negra.

Banq. (*De la ruleta.*) Jueguen ustedes, señores.

Julio. Sigo tu consejo; á la negra!

Banq. 1.° Iguales arriba, y entrés abajo.

Banq. (*De la ruleta.*) El juego está hecho... veinte y tres encarnado, impar y pasa.

Julio. Ya no hay remedio!

Cár. Jamás vi cosa igual! Estoy seguro que va á salir el negro, ahora que no podemos jugar más.

Banq. 1.° Entrés arriba y elijan abajo. (*Durante las escenas del juego se oye al banquero publicar las diferentes jugadas de cuando en cuando.*)

Cár. Desde hace ocho dias, nos persigue la desgracia. Díme, Julio, de verás no tienes más recursos?

Julio. Absolutamente! Todo lo tengo vendido ó empeñado.

Cár. Por vida del enemigo malo! Quizás de un solo golpe podriamos recuperarnos.

Julio. Maldito sea el dia en que por la vez primera me conduciste á esta casa!

Cár. Eso es, échame la culpa de tu desgracia! Tu fortuna estaba reducida á la décima parte, cuando te presenté en este círculo tan escogido y brillante. Y gracias á las amistades que aquí has contraido, pues sino, hace algun tiempo que estarias arruinado.

Julio. Basta; déjame... Qué haré? Qué va á ser de mi?

Cár. Por qué no escribes á Luisa?

Julio. Si cuanto acabo de perder, era todo lo que ella poseia!

Cár. Qué diantres! Aún la quedan alhajas; con eso tal vez...

Julio. Dices bien; ahora mismo voy á enviar... Pero si se las pido, me las va á negar, de seguro.

CÁR. Pues dila que venga aquí; hadla saber que has ganado una suma considerable, que la quieres llevar á una reunion de gran tono, y ella, como es natural, vendrá ataviada con sus mejores joyas, y entonces...

JULIO. Dices bien. (*Llamando.*) Mayordomo!

ESCENA II.

DICHOS y MAYORDOMO.

MAY. Qué se ofrece?

JULIO. Un tintero y papel para escribir una carta.

MAY. (*Señalándole una mesa.*) Ahí tiene usted cuanto necesita.

JULIO. Mientras tanto, sigue examinando el juego para que no demos el golpe en vago. (*Escribe.*)

CÁR. Apostaria cuanto tengo... vamos al decir, á que esta vez no nos equivocamos.

JULIO. (*Al mayordomo.*) Que lleven esta carta inmediatamente á donde indica el sobre.

MAY. Está bien. (*Vase.*)

ESCENA III.

DICHOS, *menos el* MAYORDOMO.

BANQ. 1.º No hay gallo.

BANQ. (*De la ruleta.*) Diez y seis, negro, par y falta.

CÁR. Qué te decia? El cálculo es infalible; nos faltaron los recursos, que si no... pero descuida; mientras viene Luisa, no me muevo de la mesa. Iré apuntando todas las jugadas, para no marrarla. (*Se coloca junto á la mesa, y á cada jugada hace una anotacion.*)

JULIO. He perdido en menos de tres años, una fortuna que creia inagotable! Qué haré yo, si la suerte continúa alejándose de mi! Para nada sirvo; los bailes y los excesos han consumido mi vida; el pecho se me abrasa... (*Un criado trae de beber.*) Un vaso de ponche! (*Bebe.*) Por qué no habré seguido los consejos de Miguel!

ESCENA IV.

DICHOS y MIGUEL.

MIG. (*Dándole en la espalda.*) Por qué no me quiso creer?

JULIO. Es usted un demonio encadenado á mi, que adivina hasta el fondo de mis pensamientos.

MIG. Hablaba usted tan alto, que era preciso taparse los oidos, para no escuchar lo que usted decia.

JULIO. Con que me ha oido usted?

MIG. Bueno es tener remordimientos; pero es preciso que los acompañe el arrepentimiento; con una vida laboriosa y ejemplar, podria usted destruir su pasado.

JULIO. Podré saber, á qué vienen esos consejos que nadie le pide?

MIG. Mi conciencia me obliga á dárselos; y la suya deberia seguirlos; escuche usted: qué ha hecho durante tres años, con ese capital formado á fuerza de sudores, por su padre? Sólo ha servido para el cebo de libertinos y mujeres prostituidas. Cual es hoy dia su habitual morada? Una casa de perdicion, que la autoridad puede sorprender de un momento á otro! Qué diferencia de su conducta de usted á la de Francisco! Hace poco era pobre, y hoy dia está al frente de una de las primeras casas de comercio! Amaba á una jóven con quien queria casarse; y mientras que usted la robó para deshonrarla, él procuraba con su cariño y desvelos sacar á su anciana madre de la desesperacion en que se vió sumida. Trabajó con fe y honradez, y triunfó de su posicion. Aún hay tiempo para usted; el honor aún no lo ha perdido; con él, y trabajando, puede alzar cabeza. Ea, señor de Rovira, créame usted: mis consejos son desinteresados, y pueden sacarle de la senda de perdicion por donde camina.

JULIO. Y usted cree que yo podria trabajar?

MIG. Y por qué no? No tiene usted todos sus remos cabales? El trabajo da vida y honra.

UN JUG. Quinientos duros al ás.

JULIO. Vaya, déjese usted de bromas.

BANQ. (*De la ruleta.*) Cero y negro.

UN JUG. Ah! (*Se levanta y sale desesperado.*)

MIG. Lo siento por usted, pues veo que su perdicion se acerca á pasos agigantados. (*Se oye un pistoletazo. Todo el mundo se levanta.*)

JULIO. Qué ruido ha sido ese?

MIG. Nada; un infortunado jugador, que se ha levantado la tapa de los sesos; ese, al menos, no murió en el cadalso. (*El mayordomo entra y da á los jugadores noticias sobre el suicidio.*)

JULIO. Gran Dios!

BANQ. 1.º Entrés arriba y abajo.

JUG. Quinientos reales á cada uno.

MIG. Vea usted ahí los que están á punto de hacer otro tanto; apenas se han ocupado de lo que acaba de ocurrir; hé aquí los recursos del jugador... el suicidio ó el robo.

JULIO. Está bien... déjeme usted.

MIG. Reflexione sobre lo que le he dicho.

JULIO. Un vaso de ponche!... Oh! aquí viene Luisa; aún puedo salvarme. (*Sale Miguel y los jugadores siguen jugando.*)

ESCENA V.

JULIO, ELVIRA y LUISA.

LUISA. (*A Elvira.*) Mi querida amiga, te ruego no te separes de mí.

ELV. (*Bajo á Luisa.*) Descuida.

JULIO. Te esperaba con impaciencia. Tengo que hablarte.

LUISA. Qué agitado estás! Me anunciabas en tu carta, que la fortuna te habia favorecido...

JULIO. Al principio sí, mas despues se cambió la suerte y es preciso que tu me ayudes.

LUISA. Yo! Y cómo? Ya sabes que te entregué cuanto tenia.

JULIO. Sí, pero esos diamantes, te son inútiles.

LUISA. Querrás por ventura?...

JULIO. Sólo quiero que me los prestes por unos instantes.

ELV. (*Bajo á Luisa.*) No hagas tal.

LUISA. Considera que...

JULIO. Vacilas, Luisa?

LUISA. Entonces, cómo podré presentarme?...

JULIO. Nada de rodeos; te pido los diamantes, y me los darás, porque los necesito.

LUISA. De ese modo no los obtendrás nunca!

JULIO. Te niegas?... Luisa, no me obligues á un escándalo.

LUISA. Estoy resuelta; te abandono para siempre.

JULIO. (*Deteniéndola y apretándola la mano con fuerza.*) Usted no me abandonará.

LUISA. Que me haces daño!

JULIO. Los diamantes!

LUISA. Que me destrozas la mano!

JULIO. Los diamantes, te digo!

LUISA. (*Exhalando un quejido.*) Ah!

ELV. (*Acercándose.*) Qué hace usted?... Suéltela; esas acciones no son de caballero.

JULIO. Esto en nada concierne á usted; puede marcharse si gusta.

LUISA. Julio! Por piedad!

JULIO. Vengan esos diamantes, vengan!

LUISA. Oh! sí... tómelos usted, y acabe de una vez mi suplicio. (*Quitándoselos.*) Aquí los tiene usted, ahora ya soy libre.
JULIO. Jamás, señora! Quiere abandonarme, cuando mi ruina es completa! Se burlaria de mi, si yo lo tolerase! No, Luisa, no; ya meconoce demasiado, y debe temer mi cólera!.. (*Llamando.*) Mayordomo? (*Aparece.*) Acompáñeme usted, á donde me entreguen dinero en cambio de estas alhajas.
MAY. Estoy á sus órdenes, caballero. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

ELVIRA, LUISA, *y jugadores en el fondo.*

LUISA. Tirano!
ELV. Por qué has accedido?
LUISA. Me habria asesinado.
ELV. Ahora ya tienes un nuevo motivo para abandonarle. Tienes alguna obligacion de sufrir su miseria?
LUISA. No sé qué hacer!... Qué va á ser de mí, Dios mio!
ELV. Un jóven americano quiere casarse contigo; es el que te sigue por todas partes, y el que te envia los ramos de flores por las mañanas; aquel que te encuentras en todas las reuniones. Por qué no vas á la de esta noche, donde te suplicaba tan encarecidamente que fueses? Ya sabes que antes de ocho dias sale de Madrid para Italia.
LUISA. Oh! no... Y Julio?
ELV. Segun eso, le amas?
LUISA. Jamás le amé, pero su lujo y boato me fascinaron, y al cabo sucumbí. Ansiosa de gozar y de figurar, no veia el precipicio que tenia abierto á mis piés, el que me obligó á olvidar los consejos de una amiga! Cuántas no corren á su perdicion, con menos motivos que yo! Agrega á esto, que Julio juró hacerme su esposa, juramento que estaba muy léjos de cumplir, segun he sabido despues. Al cabo de tanto tiempo la costumbre ha creado un sentimiento en mí, que jamás pudo inspirarme.
ELV. Entonces, por qué vacilas?... Qué temes pues?
LUISA. Sus celos, y su venganza! Ahora mismo, al salir, me dirigió una mirada horrible, y me amenazó con la muerte si huia de él; conozco su carácter, y sé de lo que es capaz.
ELV. Un marido sabria ponerte á cubierto de su cólera. Ademas, no puedes por algun tiempo abandonar la España? El jóven que te pide por esposa, te ha ofrecido viajar por el extranjero tan pronto como seas su mujer.
LUISA. Verdad es.
ELV. Pues bien, huye al punto; sólo se trata de adelantar el viaje algunos dias; poneos en camino mañana, y ambos os burlareis de las amenazas de Rovira. Qué puedes esperar de él? Su posicion es cada vez más precaria ; tu obediencia te libraria por el pronto de su violencia. La desesperacion y la miseria, más tarde ó más temprano le conducirán al último exceso, y aun cuando nada tenga que echarte en cara, serás víctima de su furor.
LUISA. Oh! sí, le tengo miedo; pero no sé, si han sido sus amenazas las que han agoviado mi espíritu, ó ciertos horribles presentimientos... pues las últimas palabras de mi buena madre adoptiva, se reflejan continuamente en mi memoria, y oigo resonar en mis oídos, una voz que me dice: morirás en la miseria, desgraciada!
ELV. Silencio! que aquí se acerca Julio.

ESCENA VII.

DICHOS *y* JULIO.

JULIO. (*Contando oro.*) Mil seiscientos duros! Es más de lo que necesito para recuperar cuanto he perdido. (*A Luisa.*) Descuida; espérame, y antes de cinco minutos te devolveré tus alhajas. (*A Cárlos.*) Vamos, qué color?
CÁR. (*Mirando á su nota.*) El negro, pues el encarnado se ha dado veintidos veces.
BANQ. (*De ruleta.*) Juego.
JULIO. Un instante, doscientos duros al negro.
ELV. (*A Luisa.*) Aprovechemos el tiempo en que está entretenido en su juego, para salir de aquí.
LUISA. Y si nos ve?
ELV. No temas nada, Luisa; mientras tenga dinero para jugar, Julio se olvida de todo el mundo.
LUISA. Me confio en tí, Elvira. (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, *menos* LUISA *y* ELVIRA.

BANQ. (*De ruleta.*) Veintinueve. Rojo, impar y paso.
JULIO. Maldicion!
CÁR. Es imposible que continúe así!
JULIO. Pues ea! Que este golpe decida de mi suerte. (*Echa la bolsa.*)
BANQ. Juego.
JULIO. Apenas puedo respirar!... La fortuna me niega sus favores.
BANQ. Diez y siete, rojo, impar, y...
JULIO. (*Dando un grito de desesperacion.*) Mil rayos! Un fusil! Un puñal!
CÁR. Ten un poco de serenidad.
JULIO. Déjame... quiero la muerte!
CÁR. Ese es el último recurso, y tengo otros antes que ese.
JULIO. (*Fuera de sí.*) Cuáles son? Habla pronto!
CÁR. (*Llevándole aparte.*) No grites tanto, que nos pueden oir.
JULIO. Explícate, Cárlos.
CÁR. Cuando estés más tranquilo.
JULIO. Dime... ya lo estoy!... Y ese recurso es mucho más seguro, que todos los que hemos empleado hasta aquí?
CÁR. Julio, es infalible!
JULIO. Y nos hará encontrar el oro que nos han robado?
CÁR. Más aún...
JULIO. No comprendo!
CÁR. (*Sacando de su bolsillo un cartucho de papel.*) Mira sin acercarte.
JULIO. Qué contiene ese papel?
CÁR. Pólvora.
JULIO. Para qué?
CÁR. No adivinas?
JULIO. Temo comprenderlo!
CÁR. Nada más sencillo; se arroja bajo de la mesa, y cuando el tapete esté cubierto de oro y billetes, estalla la bomba, y durante la confusion...
JULIO. Desgraciado, qué pensamientos son los tuyos!
CÁR. Cómo! Te escrupulizas cuando se trata de nuestro bien? Si se tratase del bien ageno...
JULIO. Jamás!
CÁR. Cuántos jamáses he oido yo en mi vida! Ultimos suspiros de falsos principios! Una palabra, una sola palabra, y si me haces una razonable objecion, no hay nada de lo dicho. Qué diferencia encuentras tú, entre el hombre que despoja á un necio sobre un tapete verde, y el que lo adquiere en una calle solitaria, ó en mitad de un camino? Tahur y ladron, no suenan igualmente al oído, y sin embargo, en la mente no son sino una misma idea, un mismo resultado? Por de pronto, dame otro medio para salir de nuestros apuros, y renuncio al mio. No lo encuentras?
JULIO. No ! Pero por eso no consentiré...
CÁR. Me pasaré sin tu consentimiento; y guárdate muy

bien, despues de la detonacion, de aprovecharte de ella.

JULIO. Te suplico por el cielo!...

CÁR. No escucho tus palabras. Denúnciame si te atreves.

JULIO. Qué horror!

CÁR. (*Dirigiéndose hácia la mesa.*) Déjame obrar.

JUG. 1.° Qué hace usted, caballero?

JUG. 2.° (*De la banca.*) Jugué al rey.

JUG. 1.° Falta usted á la verdad.

JUG. 2.° Quien miente es usted.

JUG. 1.° Insolente! (*Le tira las cartas á la cara. En esto se oyen golpes misteriosos á la puerta; banqueros y jugadores se levantan asustados.*)

BANQ. 1.° (*Al oir los golpes.*) Silencio, que es la policía!

TODOS. La policía!

CÁR. Maldito contratiempo!

JULIO. (Respiro.)

BANQ. 1.° Quitad esas mesas... y ustedes, señoras y caballeros, al piano y á bailar... (*Llaman frecuentemente diciendo* :)

UNA VOZ. Abrid, en nombre de la reina! (*Aparece un inspector de policía con su ronda, y se encuentran con el salon ocupado por gentes que bailan. Este cambio se hará rápidamente.*)

INSP. Registren ustedes por todas partes.

BANQ. 1.° Puedo saber, señor mio, lo que motiva este registro en mi casa?

INSP. Vengo de órden superior; si su conciencia de usted está tranquila, por nuestra parte poco le darémos que hacer.

BANQ. 1.° Pueden ustedes obrar como mejor les parezca. (*La ronda vuelve á la sala.*)

FER. (*Bajo al Inspector.*) Estaban prevenidos.

INSP. Está bien, retirémonos. (*Al banquero.*) Creo que nuestra visita no les habrá ocasionado graves molestias. Pueden ustedes seguir bailando. (*Vase toda la ronda. El banquero los acompaña. Siguen bailando, y varios se asoman á los balcones.*)

MAY. Se fuéron; ya salen del portal.

BANQ. 1.° En ese caso vuelvan las mesas á su lugar.

CÁR. Este es el momento oportuno!

JULIO. Detente!

CÁR. Qué pasa?

JULIO. Aun no has renunciado á tu funesto pensamiento?

CÁR. Creo que sí, pues te veo temblar.

JULIO. En ese caso, vámonos de aquí.

CÁR. Eso no; acabo de encontrarme un ochentin de oro en mi bolsillo, y quiero probar fortuna con él.

JULIO. Una moneda de oro! Vamos!

CÁR. No queria decirte nada para sorprenderte con la ganancia.

JULIO. Oh! dame la moneda.

CÁR. Tómala. (El mismo me va á ayudar.) (*Alto.*) Te aconsejo que tengas buena mano.

JULIO. Aun conservo esperanzas.

CÁR. Y yo certeza. (*Se mezcla entre los jugadores y arroja un petardo bajo de la mesa.*)

BANQ. 1.° Juego. (*Se oye una fuerte explosion; confusion general; gritan, corren, huyen, y Cárlos se arroja sobre la mesa, y va á huir con el tapete, llevándose á Julio, cuando las puertas se abren y aparece la policía.*)

INSP. Apodérense ustedes de todas las salidas y que nadie se mueva.

CÁR. (*A Julio.*) Estamos perdidos.

JULIO. Por dónde escapamos?

MIG. (*Señalando una ventana.*) Por aquella ventana.

(*El banquero y los jugadores quieren resistirse; la policía saca los sables. La confusion empieza de nuevo. Cárlos y Julio se aprovechan de ella para huir por la ventana.*)

CUADRO CUARTO.

LA BOLSA O LA VIDA.

El teatro representa el esquinazo de una calle. Al fondo el ángulo de una casa que da vista á dos calles. En este ángulo y frente al espectador habrá una reja en el piso bajo, un balcon en el principal y una ventana en el piso segundo; un guardacanton en cada esquina, en las cuales habrá carteles destrozados de anuncios; á la derecha y á la izquierda del esquinazo de esta casa se verán varias casas, de modo que, formen dos calles divididas por esta casa, que da frente al público. Un farol fijado en la primer casa de la derecha alumbrará las avenidas de estas dos calles. Esta decoracion puede figurar la casa de la plazuela de las Capuchinas, que da vuelta á la calle de San Bernardino y á la de Amaniel.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO *y* LORENZO, *vendedores de fruta, con sus grandes cestones, llegan uno detrás de otro.*

LOR. (*Sentándose en el borde de la acera.*) Ya estamos aquí.

FERN. Ah! Es aquí? (*Se pasea mirando por todos lados.*) Dices bien, Lorenzo; este farol tiene una luz inoportuna.

LOR. Ya te he dicho que es preciso apagarle.

FERN. Andrés se encargará de eso.

LOR. Tan pronto cómo el celador de serenos haya girado su primera visita por el barrio, se quedará en acecho para avisarnos cuando vuelvan, y mientras tanto...

FERN. Segun veo, todos los de la casa están acostados.

LOR. No por cierto; aún hay dos personas fuera; la vieja y su hijo ó sobrino, ó lo que sea. Andrés los ha visto entrar en el teatro del Circo.

FERN. La funcion se acaba despues de las doce.

LOR. No tardarán en venir.

FERN. Es preciso que no estemos aquí cuando vengan.

LOR. El que dirige el coche que he alquilado, nos conoce perfectamente; es otro compañero que se asocia á nuestro pensamiento, el cual nos avisará antes de que lleguen, y despues se vendrá con el carruaje que ha de conducir los efectos, para evitar sorpresa.

FERN. Mientras tanto, fumarémos un cigarro. (*Fernando ofrece un cigarro á Lorenzo, y ambos se ponen á fumar.*)

LOR. Siento pasos... (*Acechando.*) Es Andrés!

FERN. Veamos. (*Se ponen de pié.*)

ESCENA II.

DICHOS *y* ANDRÉS *en traje de farolero, y á poco el* INSPECTOR *con los municipales.*

AND. (*Dirigiéndose al farol.*) Este es el que tengo que apagar. Pero calla... ahí están mis amigos (*Acercándose*); la ronda se acerca y dentro de cinco minutos estamos libres.

FER. Hago que me voy, y vuelvo.

LOR. Yo me quedo aquí mientras tú das la vuelta. (*Viene el Inspector con dos ó tres municipales, el cual se acerca á Lorenzo, que finge no poder poner la canasta de fruta en la cabeza.*)

INSP. (*A Lorenzo.*) Qué hace usted ahí?

LOR. Descansar un momento, señor Inspector, pues tengo que llevar esta canasta á mi casa, ahí en la calle de San Bernardino, y... como usted ve, pesa mucho, y la traigo desde el teatro del Genio. Si usted gusta probarla, son manzanas y peras.

INSP. Gracias.

LOR. Si alguno de estos señores me hiciera el favor de ayudarme á cargarla, se lo agradeceria. (*Uno de los municipales le ayuda.*) Mil gracias; van ustedes á seguir su visita?

INSP. Ya estamos terminando.

LOR. Buenas noches, señores. (*Vanse el Inspector y municipales, y Lorenzo toma por el lado opuesto hasta que los ve desaparecer.*)

ESCENA III.

LORENZO, FERNANDO *y* ANDRÉS.

LOR. (*Volviendo.*) Ya perdieron la pista! Vayan en buen hora!... Diablo de inquilinos que no vienen!

AND. Los creia acostados hace dos horas.

LOR. Están en el Circo, y como la vieja tiene los piés de plomo, vendrán á paso de tortuga.

AND. No puedo apagar el farol hasta que vengan.

FER. Mientras tanto, hagamos la distribucion de cargos.

LOR. Tú entrarás conmigo en la casa; pues tengo el modelo de todas las cerraduras, que me facilitó la criada, y las llaves entrarán perfectamente. Este balcon es donde está la mesa que contiene el metálico y papel. A ella podemos llegar con sólo cruzar la antesala, y una alcoba que sirve de antedespacho... Mientras tú abres este balcon, yo descerrajo con cuidado los cajones, tanto de la mesa, como de la cómoda donde están las alhajas... Andrés estará debajo del balcon para recibir los lios que tú le irás dando, y el cochero irá llevándoselos al carruaje. Si tuviésemos otro hombre de quien disponer para que se estuviera dentro del coche, recibiéndolos, tardaríamos mucho menos.

FER. Pues y Cárlos?

LOR. Se habrá ido á cualquiera casa de cucas de la calle de Alcalá, á levantar algun muerto de aquellas pobres timbirambas.

AND. Nos pasarémos sin él. (*Paseándose. Se oye un silbido.*) Oís? El cochero nos avisa la llegada de la pareja. Alerta. (*Se coloca con su escalera como que va á arreglar el farol. Lorenzo se marcha con la fruta, Fernando se dirige por la calle opuesta, y el cochero entra y mira por todos lados.*)

ESCENA IV.

FRANCISCO *y* DOÑA SIMONA.

FRANC. Si usted hubiera hecho caso de lo que la decia, no vendria tan fatigada. Es muy grande la distancia que hay desde la Plazuela del Rey á la de las Capuchinas, donde vivimos.

SIM. Ya hemos llegado, gracias á Dios. Queria estirar un poco las cuerdas; hemos estado cinco horas sentados.

FRANC. Pues usted venia cojeando, y con una carrera se hubiese evitado esa molestia.

SIM. Eso es, una carrera para ir y otra para venir; oh! no, hijo mio, no quiero arruinarte!

FRANC. Ya sabe usted que por tan poca cosa no me arruino.

SIM. Mira, Paquito mio, las delanteras del Circo nos han costado diez y seis reales; tres el café que tomamos antes de la funcion, y siete el vasito de café con leche que hemos tomado ahora para dormir tranquilamente... Oh! si pudiera, no me acostaría ninguna noche sin tomar mi vasito de leche. Pero ya se ve, todo esto cuesta un ojo de la cara! Ya ves, hemos gastado entre todo treinta reales, contando los cuatro que nos costó el coche, desde aquí hasta el café de Diana.

FRANC. Todos los dias no son su cumpleaños.

SIM. Dices bien, hijo mio; tú sólo me los felicitas, y tienes cuidado de saber cuándo es San Simon y Judas Tadeo. Estoy segura, de que á estas fechas, ninguna otra persona se acuerda del santo de mi nombre.

FRANC. Vaya! No es tiempo ni lugar de recuerdos tristes.

SIM. Cuando la desdichada abandonó á la que la servia de madre, tú sólo tuviste piedad de mi, y viniste á mezclar tus penas con mis lágrimas, y me dijiste: «Si yo no puedo ser su yerno, seré su hijo, y vivirémos juntos.» Oh! sí, tú eres más que mi hijo, eres el consuelo de mis penas, mi único amparo, pues ya no me queda otro en la tierra.

FRANC. Vamos, madre mia, no acabemos con llanto un dia como este.

SIM. Perdóname, Francisco; hay momentos en que se me anega el corazon, y necesito desahogarme; pero ya se me pasó. No quiero borrar con mis ideas tristes la felicidad que te debo en este dia.

FRANC. No hable usted así; acaso, no ha contribuido usted á aumentar mi prosperidad?

SIM. Yo? No por cierto. Ha sido tu honradez y buena conducta.

FRANC. Bien, ambos lo hemos hecho, y ambos nos ayudamos, consolamos y amarémos hasta que Dios disponga de nosotros. Ea, vámonos á acostar, que ya es tarde.

SIM. (*Marchando.*) Sí, pero no te pongas ahora á escribir.

LOR. (*Desde una esquina.*) Sólo nos faltaba eso!

FRANC. Todo lo tengo corriente, y en seguida me acuesto; deseo madrugar.

SIM. Yo estoy deseando meterme en la cama, pues como no acostumbro á trasnochar, me estoy cayendo de sueño. Tienes la llave?

FRANC. Aquí está. (*Se adelanta y abre la puerta de la calle.*)

SIM. (¡Será posible, Dios mio, que Luisa haya tenido valor de no casarse con un chico de tan buen corazon, y con quien hubiera vivido como el pez en el agua!)

FRANC. Vaya, qué hace usted ahí? (*Se acerca á su madre; Lorenzo se aprovecha de esta separacion de Francisco para cambiar la llave, y dejar caer otra al suelo.*

SIM. Vamos, hijo, vamos. (*Entra ella en el portal; Francisco buscando.*)

FRANC. Dónde está la llave?

SIM. La he sentido caer.

FRANC. Aquí está. (*Se entran.*)

ESCENA V.

FERNANDO, ANDRÉS, LORENZO, *luego* JULIO *y* CÁRLOS.

LOR. Mia es la llave.

AND. Bien por Lorenzo!

LOR. Siento pasos... el diablo anda suelto esta noche con los habitantes de este barrio!

JULIO. (*Entrando.*) Daria un millon por vengarme!

CÁR. (*Siguiéndole.*) Si no tienes un ochavo.

JULIO. La infame nos vió!...

AND. (*Bajo.*) Es Cárlos...

JULIO. Y se puso pálida al verme, al mismo tiempo que montaba en el carruaje. No sé qué súbita revolucion ha operado en mí! Todo lo veia rojo; tenia la sangre ante mi vista; eso la ha salvado; ¡oh! si hubiese sido dueño de mí, y hubiera tenido en mi mano esa pistola...

CÁR. Que te quitaron de las manos, cuando intentaste suicidarte al salir de la timba...

JULIO. El cielo reservaba para mi castigo, el presenciar la fuga de esa ingrata Luisa! Cuando te decia que estaba bien seguro de que el americano le hacia la córte, mis sospechas tenia! Es preciso que esa mujer haya perdido el sentido, para provocar mi cólera hasta ese punto.

CÁR. Tienes la necedad de ser celoso?
JULIO. Frenético!
CÁR. Ese mismo calificativo empleaba Luisa cuando hablaba de tí!
JULIO. Y á pesar de todo, tiene la audacia de abandonarme?
CÁR. Julio, es necesario que seamos justos; tú no tienes sobre qué caerte muerto, y el americano tiene más plata que pesa; en su actual situacion, es preciso confesar, que Luisa te ha prestado un gran servicio; cómo habias de sostener su tren, cuando apenas tienes que llevar á la boca!
JULIO. Y eso, qué importa? Pero déjales por mi cuenta; sé dónde viven, y eso me basta.
CÁR. Ya lo creo! A costa de nuestras piernas! Y gracias á que se me ocurrió la idea de trepar en la trasera de su coche, pues sino nos quedamos con un palmo de narices.
JULIO. Ir detrás, como lacayo, mientras que ella!...
CÁR. Cuando no hay para ir dentro, y se tiene precision de seguir un carruaje, el mejor medio es colgarse de la trasera. Pero advierte, que no es cosa que por tu amor, tus celos y tu venganza, olvidemos lo más interesante. (*Examina por todos lados.*) Sí, esta es la plazuela de las Capuchinas; aquí debe ser la cita.
LOR. (*A los otros.*) Nos van á comprometer!
CÁR. Te he dicho de qué se trata?
JULIO. No puedo consentir...
CÁR. Si obrasen en tu poder los cinco ó seis mil duretes que pueden tocarte en este asalto, Luisa seria aún tuya. (*Mirando á todos lados.*) Habrán terminado ya el negocio? Oh! No; aún hay luz en la habitacion. (*La luz se apaga.*) A fe de quien soy, que han obrado á tiempo. Acaban de poner á la vela su gorro de dormir! Dónde diablos andarán esos muchachos?
JULIO. Te he dicho ya, que no quiero ser su cómplice.
CÁR. Si todos son amigos! Fernando... Andrés...
AND. (*Acercándose.*) Estás loco para comprometernos así? Vaya, Julio, ya sabes nuestro secreto...
FER. Y no tiene más remedio que ser de los nuestros.
AND. Con nosotros, ó contra nosotros?
LOR. (*Presentándose.*) Donde nuestra seguridad lo exija.
AND. (*Sacando un puñal.*) De lo contrario, seis pulgadas de acero al corazon.
CÁR. A qué vienen esas amenazas! Julio no es cobarde ni traidor... sino que comprende su posicion, y además, no todos los hombres tienen pecho para... no es así, Julio?
JULIO. Haced de mí lo que querais.
AND. Vengan tus pistolas, Fernando.
FER. (Sospechará de mí?) (*Andrés toma las pistolas que Fernando le da, quita el piston y pone otro.*)
AND. (*Devolviéndoselas.*) Estos no faltarán.
FER. (*Para sí.*) Me ha hecho temblar!
AND. (*Despues de hacer otro tanto con sus pistolas y las de los otros.*) Gente se acerca!
LOR. Es un hombre solo.
AND. Buena ocasion, para que Julio nos dé una garantía.
JULIO. Cómo! Quereis?...
AND. Cosa bien fácil; aquí estamos los demás guardándote las espaldas.
LOR. Es un señor, y no se hará de rogar.
CAR. Vaya, dales ese gusto.
AND. Bien cerca le tienes.
JULIO. (*Se dirige, á pesar suyo, hácia el desconocido.*) La bolsa!

ESCENA VI.

DICHOS y MIGUEL.

MIG. Queria usted alguna cosa, caballero?
JULIO. (*Bruscamente.*) La bolsa ó la vida!
MIG. (*Deteniéndose.*) La bolsa? Espere usted... (*Busca en sus bolsillos.*) Tome usted, señor Rovira. (*Le tira un portamonedas á los piés.*) Un paso más, y los restantes os ayudarán á darlos. (*Váse precipitado.*)
JULIO. Era Miguel! Y me ha reconocido!... Ah! ocultemos mi turbacion. (*Enseñando el portamonedas á sus compañeros.*) Aquí teneis dinero!
AND. Bien ves cuán sencillo es el oficio; pero una suma como esta, es poco para tantos. Es preciso consagrarse á negocios de más cuantía. (*Apaga el farol que alumbraba la calle.*)
LOR. Hénos aquí con la luz que necesitamos. Cárlos, vente conmigo al interior.
AND. Julio subirá al balcon, para ir alcanzándome poco á poco los lios, con todo sigilo, á fin de no despertar á ningun vecino honrado. (*Bajo á Lorenzo.*) Yo vigilaré á Julio. (*A Julio.*) Suplico me dispenses, amigo mio; pero es preciso estar muy alerta; los lios que me des, se los pasaré á Fernando, para que los lleve al carruaje. (*Lorenzo y Cárlos abren la puerta de la calle y se introducen; Julio trepa al balcon por la reja; Andrés se queda arrimado á la reja, y Fernando está en acecho en medio de la calle.*)
JULIO. (*En el balcon.*) Jamás he sentido un azoramiento como el que ofusca mis sentidos en este instante. Y no es el miedo lo que me atormenta. Dios mio, si mi padre me viese asociado á estos...
FER. Silencio!
CÁR. (*Abre el balcon se asoma, y dice.*) Duermen como lirones. Lorenzo se ocupa eu abrir los cajones; voy á ayudarle.
LOR. (*A Julio en el balcon.*) Ya están abiertos los cajones. Cárlos está formando los lios; no te muevas de aquí para yo alargarte los bultos con toda prontitud. (*Lorenzo entra, y mientras se ve á Fernando separarse y hablar á uno que no se ve.*)
FER. Está toda la gente dispuesta?
INSP. Sí, en el patio y la cocina están; todos caerán en nuestro poder.
FER. Para que no sospechen, prendedme á mí tambien.
INSP. Claro está.
FER. Si trato de huir, dispáreme usted un tiro, con pólvora nada más; me haré el muerto, y así no sospecharán de mí. (*Mientras este coloquio, Lorenzo puso un lio en los hombros de Julio, y al acabar el coloquio se oye un tiro.*)
CÁR. (*Saliendo de la casa.*) Salvése el que pueda! (*Sacan de la casa á Lorenzo preso; otro tiro es dirigido á Cárlos; se asusta y cae en poder de los municipales que llevaban preso á Lorenzo; Fernando, que aparentó huir por donde se dirigia el tiro á Cárlos, cae á sus piés gritando*: Me han muerto; *esto es lo que ocasiona la prision de Cárlos; Andrés huyó por otro lado.*)
CÁR. (*Al oir á Fernando*). Pobre Fernando! Le han muerto!
FER. (*Bajo.*) Te engañas. (*Durante esto, Julio cargado con un enorme saco quiso bajar por la reja; Francisco medio desnudo aparece en el balcon, ve á Julio, lo agarra y grita.*)
FRANC. Ladrones! Ladrones!
JULIO. (*Confuso.*) Francisco!
FRANC. Cielos! El hijo de mi bienhechor! (*Agarrando el saco que llevaba.*) Desgraciado, qué haces? Oh! Por

qué no me lo ha pedido usted? Este dinero es el que su padre me dió! Entre usted, entre usted, que no le vean; quiero salvarle... y evitar su deshonra. (*Lo entra, cierra el balcon, y tanto los demás balcones como la calle, se ve invadida de gente y serenos que acuden al ruido.*)

CUADRO QUINTO.

EL CRIMEN.

El teatro representa una alcoba elegante; sobre un velador, en primer término, los restos de una cena. Un vestido de baile y flores sobre un sillon; á la derecha, maletas abiertas, un saco y varias sombrereras.

ESCENA PRIMERA.

JULIO *y* LUISA.

(*Al alzarse el telon, Luisa está reclinada sobre la cama, vestida con un peinador. Sobre la alfombra de delante de la cama habrá el cadáver de un hombre; Julio con los brazos cruzados, y apoyado en la cabecera de la cama de Luisa, la contempla cómo duerme. La escena estará alumbrada por una lámpara de noche.*)

JULIO. Aún duerme! Y con qué tranquilidad! Verdad es que el narcótico obró su efecto! Duerme sin apercibirse de lo que pasa en su alrededor! Se retiraron del baile casi de madrugada. Hé aquí el epílogo de un baile; ella dormida tranquilamente... y el otro, durmiendo... en la eternidad! Tan pesado era su sueño, que al morir sólo hizo un pequeño estremecimiento (*momento de silencio*); pero ella nada ha oido ni presentido; tan bien habia tomado todas mis medidas! (*Escucha.*) Su respiracion es tranquila como la de un ángel... Desgraciada! Todo lo tenia dispuesto para su marcha; hoy por la mañana debian partir para Italia, tan pronto cómo descansasen del baile. Linda viajera, tus cálculos fuéron equivocados; querias caminar de placer en placer! Tras del placer del baile, el de un viaje de recreo por la bella Italia! Despídete para siempre; da el postrer adios al mundo y sus encantos! (*Contemplándola.*) Tu afortunado compañero de viaje, partió antes que tú; no tardareis en encontraros. Ya me canso de esperar!... Deseo gozar la sorpresa que ha de causarle el ver su amante en tierra. (*Luisa se mueve.*) Se ha movido! Pronto va á despertar! (*Se vuelve á dormir.*) Cómo, todavía no? Acabemos de una vez! Luisa!... Luisa!

LUISA. (*Despertándose y á media voz.*) Qué es eso, Eugenio? Es ya hora?

JULIO. (*Apoyado aún.*) Sí, llama á Eugenio, llámale más fuerte, hasta que te oiga.

LUISA. (*Levantándose aterrada.*) Julio aquí! (*Llevándose la mano á los ojos.*) Dios mio! (*Levanta la cabeza y ve el cuerpo en tierra.*) Muerto! Horror! (*Mira á Julio con espanto.*) Es usted quien?...

JULIO. (*Friamente, enseñando el puñal.*) Sí... yo he sido.

LUISA. (*Arrodillándose.*) Oh! piedad! Misericordia!

JULIO. Misericordia?

LUISA. Julio!

JULIO. Julio no existe para tí... Le abandonaste cuando estaba pobre y olvidado de todos... Tu amor necesitaba el fausto, el brillo, los perfumes y el oro... Todo lo encontraste con el otro... con este... (*Señalando el cadáver.*) Para vosotros los placeres y la alegria... Para mí el hambre, la soledad y la desesperacion! Viendo tanta traicion, dije para mí, no quiero ser el solo desgraciado... Luisa tambien debe serlo; por eso he venido; me he introducido furtivamente en tu casa durante el tiempo que estábais en el baile, y aqui me tienes. No es verdad que no esperabas volverme á ver?

LUISA. Huye, huye de mí! Yo te lo ruego!

JULIO. (*Con sangre fria.*) Pude haberte asesinado en un segundo, pude haberte arrancado la vida, como á ese desgraciado, que era menos culpable que tú, pérfida! pero hubieses ignorado quien te daba la muerte, y mi venganza no hubiera sido completa.

LUISA. Segun eso, tambien quieres asesinarme, Julio? Pretendes quitarme la vida?

JULIO. (*Agarra á Luisa, la levanta de la cama y la lleva á la escena.*) Ruega á Dios por tu alma!

LUISA. (*Cae de rodillas, junta las manos y exclama.*) Dios mio! Vírgen Santa! Dadme tiempo para confesar mis culpas, y arrepentirme de mis extravíos. (*Volviéndose á Julio con ansiedad.*) Julio, mis súplicas y mis lágrimas, no lograrán?...

JULIO. (*Alzando el puñal.*) Nada!

LUISA. (*Se levanta bruscamente, se lanza sobre el puñal, se le quita, corre á la ventana, la abre y tira el puñal á la calle gritando.*) Oh! no, yo no quiero morir! Favor! Socorro! Al asesino.

JULIO. (*Echándose sobre ella y asiéndola fuertemente de la cintura.*) Vana esperanza, gritos inútiles! No te librarás de la muerte! (*Luisa se agarra á la ventana y la arranca de allí; á las cortinas, las cuales se desprenden; á los muebles, que los arrastra y deja caer.*)

VOCES (*Desde fuera.*) Abran ustedes, abran ustedes!

LUISA. (*Con esperanza.*) Vienen en mi favor!

JULIO. (*Sin soltarla echa el cerrojo á la puerta.*) Cuando entren, será tarde.

LUISA. (*Suplicante.*) Perdóname la vida; sálvate y ocúltate donde puedas, que yo nada diré.

JULIO. Nada podrás decir, yo te lo juro. (*Gran ruido á la puerta.*)

LUISA. (*Medio desfallecida, haciendo un esfuerzo para huir de él.*) No hay quien me salve! Favor!

JULIO. (*Luchando aun.*) Nadie te salvará.

VOCES (*Fuera.*) Abran ustedes pronto. (*Se oyen voces y murmullo de gente.*)

LUISA. (*Sofocada.*) Derriben pronto la puerta. (*Se oyen fuertes golpes; Julio ha cogido á Luisa de su larga cabellera, con la cual la liga el cuello, esta vacila y cae su cabeza sobre el pecho de Julio; la puerta se abre con estrépito.*)

ESCENA II.

DICHOS, SIMONA, VECINOS, MUNICIPALES *y luego* MIGUEL.

(*A la vista de tanta gente, Julio se refugia en un rincon de la alcoba, y agarra de la chimenea uno de los morrillos.*)

TODOS. (*Viendo el cadáver de Luisa.*) Ah!

HOMBRE 1.° Un asesinato!

IDEM 2.° Muera el asesino!

MUJERES. Socorro! Favor!

JULIO. Al que se acerque, lo asesino!

VOCES. (*Desde fuera.*) Favor! Al asesino!

SIM. (*Abriéndose paso á la fuerza entre todos.*) Paso, paso!... Esa voz!.. oh! no me engañé!

LUISA. (*Alzando la cabeza.*) Madre mia!

JULIO. Aún respira!!!

SIM. (*Poniéndose entre ambos.*) Santa madre de Dios! Luisa aqui! Y en qué estado, Dios mio!... Infeliz hija mia! (*Se arroja sobre Julio.*) No hay quien se atreva con él?

JULIO. No se acerque usted á mí!

SIM. Mátame si quieres, hombre sin corazon, poco me im-

porta! (*Evita el golpe y le agarra del cuello.*) Dame, dame todavía; pero no te soltaré mientras me queden fuerzas. Aquí teneis al miserable asesino! (*Vienen dos guardias.*)
JULIO. (*A los guardias.*) Aquí me teneis, yo he sido!
MIG. (*Apareciendo entre la multitud.*) Infeliz! Ya ha llegado el fin de tu carrera! (*Lo prenden, la gente se remolina y Simona se acerca á su hija.*)

CUADRO SEXTO.

LA BODA Y EL PATIBULO.

Un salon; al fondo dos balcones; puertas laterales á derecha è izquierda; la una da á la escalera y la otra al comedor.

ESCENA PRIMERA.

FERMIN, JOSÉ *y criados, llevando cubiertos, platos, etc.*

FER. Despacharse, muchachos, que no tenemos tiempo que perder, si ha de estar todo á tiempo; pronto vendrán de la iglesia los novios, y á fe mia que desearán sentarse á la mesa.
JOSÉ. (*Saliendo con un cesto de cubiertos.*) Ya lo creo, como que son cerca de las diez.
FERM. Qué llevas ahí, José?
JOSÉ. Cubiertos y cuchillos.
FERM. Déjate de eso, y sube el vino de la cueva, pues no habiendo tomado otra cosa que agua bendita, desearán tomar un piscolabis, ínterin se les sirve el almuerzo.
JOSÉ. En ese caso, me volveré á llevar los cubiertos.
FERM. Válgame Dios, qué torpeza! Déjalos encima de esa mesa; bájate á la cueva corriendo... despues arreglarémos lo demás. (*Vase José con un criado.*)

ESCENA II.

DICHOS, *menos* JOSÉ.

FERM. (*A dos criados.*) Y vosotros, qué haceis?
UN CRIADO. Acabamos de cubrir la mesa.
FERM. Puesto que el desayuno se compone de fiambres, podeis irlo trayendo todo. Vamos, más listos y no quedarse mirando los unos á los otros como unos imbéciles. (*Se ve á los criados cruzar la escena con platos de varias clases.*)

ESCENA III.

DICHOS, *y* JOSÉ, *con un criado, que trae un ceston de botellas.*

JOSÉ. Ya tienen aquí con qué refrigerarse; estos argumentos son capaces de resucitar á un muerto.
FERM. Pues llevadlo al comedor y colocadlo en los aparadores. (*El criado se va con las botellas.*)
JOSÉ. El tal bodorrio es bien sonado en el barrio.
FERM. Y por qué razon?
JOSÉ. Lo mismo sabes tú que yo.
FERM. Serás tú, por ventura, de los que se ocupan en estar criticando las acciones del amo?
JOSÉ. Líbreme Dios de semejante pensamiento! Pero nada tiene de particular que todos extrañen que un escribano tan rico como nuestro amo, consienta en que su hija única se case con ese Francisco, que no tiene un solo pariente en la tierra, pues la anciana con quien vive no es su madre, ni cosa que lo valga. No ha tenido más que un solo testigo, y ese ha sido un hombre cegijunto y misterioso, tan oscuro como su traje. Parece un hombre nacido y vestido para presidir entierros y funerales. Lo singular del caso es, que ese solo testigo tampoco se ha presentado en la iglesia y no sabemos si vendrá á almorzar.
FERM. Y eso, qué prueba?
JOSÉ. Que á los ojos de todo el mundo, ese matrimonio es...
FERM. Un disparate, no es cierto? Pobres gentes! Has de saber que ese don Francisco, á quien todos critican, es uno de los primeros capitalistas de Madrid, y que por su honradez y laboriosidad ha merecido la honra de ser elegido por dos veces regidor de este distrito, diputado provincial y socio de varias empresas industriales de crédito.
JOSÉ. Amigo Fermin, yo no te digo más que lo que la gente murmura por ahí.
FERM. Pues antes de dar pábulo á la murmuracion, es necesario ver si es verdad lo que se cuenta, y no difamar de ese modo á una persona honrada; si nos consta lo contrario, salir á su defensa; y si por desgracia lo fuere, callarse, para no ocasionar mayores perjuicios á nuestro prójimo.
JOSÉ. (Desde que le nombraron mayordomo y ayuda de cámara se ha hecho más reservado y filósofo, y ya no critica ni murmura de los amos! Lo propio que los diputados de la oposicion, cuando son gobierno!)
FERM. Ya vienen los coches con los novios y convidados; vamos, José, cada uno á su puesto.
JOSÉ. Voy al momento. (En el modo de mandar, parece un cabo de reclutas.)

ESCENA IV.

DICHOS, FRANCISCO, SIMONA *y* CONVIDADOS.

FRANC. (*Dentro.*) Pasen ustedes al comedor, que al momento les acompaño. (*Entrando.*) Madre mia (*A Simona*), el cielo coronó todos mis deseos, dándome una esposa bella y virtuosa, y concediéndome la estimacion y el aprecio de mis conciudadanos. (*Viendo á Simona que se enjuga las lágrimas.*) Qué tal se encuentra usted, mi buena madre?
SIM. Bien, hijo mio, bien.
FRANC. Y me lo dice usted anegada en lágrimas?
SIM. Puedo, por ventura, olvidar la muerte tan desgraciada de Luisa?
FRANC. Así como usted y yo la hemos perdonado de todo corazon, Dios, apiadado de ella, la habrá recibido en su seno.
SIM. Así lo creo, hijo mio; pues no hago otra cosa noche y dia que pedir á Dios por su alma.
FRANC. Vamos, para dar descanso á las penas, es necesario que ahora se ocupe usted de mí.
SIM. Tus buenas acciones te acompañan por todas partes; para que necesitas de mis encomios?
FRANC. Déme usted la mano y vamos al comedor, donde están mi suegro y mi esposa, que nos esperan.
SIM. No exijas de mí tal cosa; qué figura podrá hacer una anciana cubierta de lágrimas y de luto entre gentes tan alegres y bulliciosas? No, hijo mio, permíteme que me mantenga sola con mi dolor.
FRANC. Y por qué tanta soledad?
SIM. Permíteme que no te explique ahora los motivos que tengo para obrar así en este dia. Tampoco era mi intencion hablarte de Luisa, y la desgracia ha hecho.....
FRANC. No hemos pedido á Dios y llorado contínuamente por ella? Qué más nos toca que hacer? Qué otra nueva pena atormenta á usted en este dia?
SIM. Luego... ó tal vez mañana, lo sabrás.
FRANC. Quiero saberlo en este momento, ó de lo contrario llegaré á creer que busca usted subterfugios para no presenciar el espectáculo de mi dicha y felicidad.
SIM. Serias capaz de sospechar semejante cosa de mí? sabe

pues que no queria afligirte; queria devorar yo sola la pena que me mata; pero una vez que lo exijes, sabe, que hoy ponen en capilla al hijo de tu bienhechor... Que le he visto en el calabozo en que estaba sumido, pues me mandó á llamar por su confesor, para pedirme perdon por mí, por mi Luisa y por tí; y para rogarme contrito y humillado, pidiese á Dios por él y le concediese mi bendicion, porque de lo contrario, no esperaba que Dios tuviese misericordia de su alma.

FRANC. Y bien?... (*Lloroso.*)

SIM. He accedido á cuanto me pedia, dándole mi bendicion, y juntos hemos rogado á Dios y á su santa Madre, pidiéndole por su alma y la de Luisa. Esta tarde á las tres le pondrán en capilla, trasladándole de la cárcel de Córte á la del Saladero; porque al salir de la iglesia oí á los ciegos que iban vendiendo la causa y sentencia del reo que van á poner en capilla.

FRANC. Cielo santo! Con que al recibir la bendicion nupcial, el desgraciado Rovira escuchaba su sentencia de muerte! Desdichado de mí, qué momento tan fatal escogí para mi felicidad!

SIM. Cumple tus deberes con la religiosidad que acostumbras, y déjame á mi que pida al cielo por todos. (*Vase.*)

ESCENA V.

FRANCISCO, *solo.*

Ejemplo fatal! El mismo dia en que la Providencia me colma de felicidad, el hijo de mi bienhechor, va á acabar su vida sobre las gradas de un patíbulo! Oh! desventurado; á medida que yo bajaba, á fuerza de penas, los escalones del suplicio, donde las disensiones civiles colocaron á mi padre, durante mis primeros años, tú los ibas subiendo á toda prisa. (*Cae pensativo en un sillon, ocultando el rostro entre sus manos.*)

ESCENA VI.

FRANCISCO, JOSÉ *y* MIGUEL.

JOSÉ. (*Anunciando.*) Su testigo de usted, don Miguel. (*Vase.*)

FRANC. Mi querido amigo! Necesitaba de usted... Por qué no ha venido á acompañarnos?

MIG. Vengo á pedirle que me dispense, pues ha sido una tardanza agena de mi voluntad.

FRANC. Está usted dispensado, con tal de que no me abandone en todo el dia.

MIG. Imposible; tengo muchos deberes que cumplir.

FRANC. Son tan apremiantes que no pueda usted diferirlos?

MIG. Ya ve usted, órdenes de mis jefes...

FRANC. Pero al menos, vendrá usted á comer con nosotros?

MIG. Quién sabe si podré? Además, ciertos asuntos que debo evacuar...

FRANC. Con que de las dos solas personas que han aliviado mi infortunio, no habrá una tan sólo á mi lado en este dia! Miguel, amigo mio! Le ruego se deje ver, aun cuando no sea más que un minuto.

MIG. Siento mucho decírselo á usted, pero hoy me es imposible. (*Abrazándole.*) Además, ya no necesita de mis consejos. Ha logrado una familia, y cien amigos que le aman... así pues, de aquí en adelante, es preciso que cesemos de vernos y hablarnos.

FRANC. Y por qué motivo?

MIG. Porque no conviene que las relaciones que existian entre ambos cuando era usted solo en el mundo, continuen ahora, ya que se ve unido á una familia de distincion.

FRANC. Quién le ha dicho que mi suegro y mi esposa sean de una altivez tan incomprensible?

MIG. Nadie dice tal cosa, amigo mio! Quiero continuar dando á usted este nombre, y suplicarle que me escuche.

FRAN. (*Estrechando su mano.*) Siempre!

MIG. Usted no me conoce, más que por el vivo interés que siempre me inspiró, y por los consejos, tal vez severos que le daba mi amistad sin límites. Su humildad y honradez, nunca dieron lugar á que me preguntase, por qué motivo, ó qué causa, ó quién era yo, y bajo qué título ó derecho le reprendia y aconsejaba! En fin, quién soy en el mundo, y cuál es mi rango social para inspeccionar todos sus pasos y acciones?... Qué me diria usted, si supiese que soy de tan humilde orígen, que no puede tener contacto conmigo, sin... sin avergonzarse?

FRANC. Yo de usted?... Dos palabras no más, y le daré mi respuesta. Ha faltado usted alguna vez al honor y á la probidad?

MIG. Jamás!... Se lo juro!

FRANC. En ese caso, pongo á Dios por testigo, de que jamás me avergonzaré de llamarle mi amigo, ni de estrecharle entre mis brazos.

MIG. No sabe usted el bien que me hacen sus palabras!... A pesar de que no puedo aceptar su generoso ofrecimiento. (*Francisco quiere hablar, y Miguel le interrumpe. José aparece por la izquierda.*)

ESCENA VII.

DICHOS *y* JOSÉ.

JOSÉ. (*Saliendo del comedor.*) Señor, la señorita y los convidados se quejan de su larga ausencia.

FRANC. Voy al instante... (*A Miguel.*) Amigo mio, no dude usted que mi cariño para con usted, será el mismo que ha sido hasta aquí. (*Vase con José.*)

MIG. (*Friamente.*) Algun dia lo verémos.

ESCENA VIII.

MIGUEL, *solo.*

Ah! si fuese verdad! Pero el corazon humano es tan variable! Y se olvidan con tanta facilidad los beneficios recibidos... Además, á qué pensar en esto? Todos los hombres son iguales, y él no ha de excluirse, por tanto, de la clase comun. (*Dan las doce en un reloj.*) Las doce ya! Vámonos! (*Abre la puerta derecha, y un hombre en mangas de camisa, con toda la barba, y el cabello descompuesto, entra pálido y asustado.*)

ESCENA IX.

JULIO *y* MIGUEL.

JULIO. Cualquiera que usted sea... por piedad, ocúlteme usted!

MIG. Julio!

JULIO. Gran Dios! Él aquí tambien!

MIG. Siempre fuí tras usted, ahora usted es quien me persigue.

JULIO. Una mano invisible me ha salvado, al irme á conducir á la cárcel del Saladero para ponerme en capilla. Atravesábamos la calle de San Cristóbal, seguido de los agentes que me conducian, cuando una fuerte detonacion, que hizo retumbar toda la calle, se sintió en nuestro rededor; las gentes corren, ciérranse las puertas, y en aquella confusion, cuando todos huian despavoridos, sin saber dónde refugiarse, oigo una voz que me dice: «Quítate la blusa, ponte ese sombrero, y huye por la calle del Vicario Viejo, hácia la de la Paz, y ocúltate en la primera casa de la izquierda.» (*Mira con terror á todos lados.*)

MIG. (Fuéron fieles á mis instrucciones! Al menos le libraremos de la afrenta del suplicio!)

JULIO. Eché á correr entre la multitud que huia despavorida, y me amparé de esta casa, que me indicaron para salvarme. (*Arrodillándose ante Miguel.*) Oh! ya que le encuentro aquí, ya que la Providencia no quiso que muriese en un patíbulo, sálveme usted la vida.

MIG. Ese es mi mayor deseo; pero cómo es posible? Estoy en una casa extraña, y por lo tanto ignoro...

JULIO. Yo no quiero morir en un cadalso. (*Ruido lejano.*) Miguel, sálveme usted.

MIG. No oye usted ese rumor... esos gritos que se escuchan en la calle?

JULIO. Yo nada oigo, ni veo, sino un patíbulo!

MIG. (*A la ventana.*) Alguien le conoció, y lo ha seguido! (*Se oye un rumor cercano en la calle.*) Ya están á la puerta de esta casa!

JULIO. Por piedad, ocúlteme usted!

MIG. Aquí es imposible; si se apercibiesen de su estancia los dueños de esta casa... No teneis otro remedio; es preciso huir.

JULIO. Por dónde? Por ese balcon! (*Se dirige al balcon; gritos en la calle de...* «ese es, ese es.») Me han visto! Estoy perdido... Cerremos esta puerta, para que no penetren hasta aquí.

MIG. Desgraciado!... Todo será prolongar vuestra agonía por algunos minutos!

JULIO. Algunos minutos, decís? Para mi es una eternidad. (*El ruido se oye más cercano.*) Dios mio, ya suben; qué haré?

MIG. No te queda más que un solo recurso.

JULIO. Cuál es?

MIG. El solo puede librarte de la ignominia que te espera. (Que es de lo que yo he tratado.)

JULIO. Y será preciso morir?

MIG. Sin remedio!... Acuérdate de la honra de tu padre; sé hombre una vez, desgraciado! (*Saca una pistola del bolsillo y se la da.*) Toma... evita la infamia que te espera.

JULIO. Jamás!

MIG. Qué esperas, desgraciado?

JULIO. Hasta el último instante!

MIG. Mira que ya se acercan. (*Suenan golpes en la puerta.*) Ya los tienes ahí... Recuerda á tu padre, infeliz!

JULIO. Es que tengo miedo de morir!

MIG. Desgraciado! Tú no sabes lo que es subir las gradas del patíbulo, y sufrir la afrenta ante un pueblo entero! (*Los golpes se aumentan.*)

JULIO. (*Tomando el cachorillo.*) Venga.

MIG. Apresúrate, que ya están ahí!

JULIO. (*Con ansiedad.*) Un instante no más!

MIG. Si te detienes, ya será tarde; la puerta cede al fin! (*Se siente rechinar la puerta, y voces.*)

JULIO. (*Arrojándose á los piés de Miguel.*) Miguel, vuestra bendicion, y que Dios perdone mis pecados!

MIG. (*Poniendo su mano sobre la frente de Julio.*) Yo os perdono, en nombre de vuestro padre, así como espero que Dios os perdone en el cielo!

JULIO. (*Alzándose del suelo con ademan resuelto.*) Ya puedo morir tranquilo... Adios! (*Se entra en el cuarto de la izquierda, cerrando tras sí la puerta.*)

MIG. (*Llevándose las manos á los ojos.*) Él tenga piedad de tu alma! (*La puerta de la derecha se abre, y entran en tropel soldados y pueblo, al tiempo que en la de la izquierda se oye un tiro; todos se lanzan á ella, la abren y quedan inmóviles de terror. Francisco, Simona, convidados y criados salen por la de más arriba, al tiempo que suena el tiro.*)

ESCENA X.

DICHOS, FRANCISCO, SIMONA, CRIADOS, CONVIDADOS, SOLDADOS y PUEBLO.

FRANC. (*A Miguel.*) Qué ha sucedido?

MIG. Julio que se ha suicidado, para salvarse de la deshonra.

FRANC. Quién pudo hacer que se fugase de la capilla?

MIG. La mano de Dios. (*Señalando al cielo, con tono solemne y voz sepulcral; sentimiento y dolor en todos, formando un cuadro, al mismo tiempo que cae el telon.*

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1862.—Imp. de M. Galiano, Ministerios, 3.